

Empujes y resistencias al cambio en familias con hijos adolescentes

Dagoberto Barrera Valencia
Profesor Departamento de Antropología
Universidad de Antioquia
Dirección electrónica: dabarrerav@yahoo.es

Barrera, Dagoberto (2010). "Empujes y resistencias al cambio en familias con hijos adolescentes". En: *Boletín de Antropología* Universidad de Antioquia, Vol. 24 N.º 41, Medellín, pp. 376-394.
Texto recibido: 20/05/2010; aprobación final: 08/07/2010.

Resumen. Este artículo presenta aspectos centrales de la investigación realizada entre jóvenes adolescentes y su núcleo familiar en Medellín, bajo un enfoque cualitativo el objetivo fue comprender la dinámica de la tensión entre padres e hijos adolescentes y las interpretaciones de las experiencias derivadas de ello. Varios aspectos indican la existencia de focos de tensión: las percepciones familiares, la comunicación, el manejo de las normas, la expresión de la afectividad, la estética corporal, actividades juveniles y el uso de tecnologías digitales.

Palabras clave: Medellín, Colombia, relaciones familiares, adolescentes, cambio, tradición, percepción, significación.

Motivations and reluctance to change in families with adolescent children

Abstract. This paper presents key aspects of the research between young adolescents and their family in Medellín, performed for a qualitative approach the goal was to understand the dynamics of the tension between parents and adolescents and interpretations of the experiences derived from it. Several aspects indicate the existence of hot spots: family perceptions, communication, management standards, emotional expression, body aesthetics, youth activities and the use of digital technologies.

Keywords: Medellín, Colombia, family relationships, adolescents, change, tradition, perception, significance.

Introducción

Este artículo presenta aspectos centrales de la investigación: “Negociación de significados en torno a las tensiones en la familia. Relaciones entre jóvenes adolescentes y su núcleo familiar en la ciudad de Medellín”, realizada en el marco de la maestría en psicología social durante los años 2005 y 2007 y bajo un enfoque cualitativo, se utilizó como estrategia el estudio de casos, con la participación de nueve madres, un padre, catorce adolescentes con edades entre quince y diecisiete años. La información se obtuvo a través de entrevistas en profundidad realizadas con el grupo familiar, e individuales con cada uno de los adolescentes, además de un grupo focal con dieciseis adolescentes. La investigación se planteó como objetivo comprender la dinámica de la tensión entre padres e hijos en proceso de adolescencia y las interpretaciones de las experiencias derivadas de ello.

En el imaginario social, el compromiso que adquiere la familia con la sociedad consiste básicamente en la educación y socialización de sus hijos. Esto la enfrenta a dos problemas que debe resolver: contrarrestar los efectos nocivos del entorno y mantener un lugar de preeminencia en un periodo vital de los hijos en el que se amplía y profundiza la socialización secundaria y en la cual el papel del grupo de pares tiende a ser más relevante que el grupo parental.

La familia ha de entenderse como un grupo humano de interacción soportado en relaciones de parentesco, interpretaciones compartidas y en un sistema distribuido de roles que permite la definición de los lugares de los miembros en dicho grupo. Implica una serie de lazos emocionales y afectivos que intervienen en ese conjunto de interpretaciones que se producen entre los miembros.

Se puede decir de la familia que no es un todo armónico, puesto que cada uno de sus miembros va a construir una realidad particular y entre todos se participa activamente en la constitución de una realidad singular-familiar.

Dado lo anterior es muy posible que en de la familia se experimente un proceso diferencial entre sus miembros y por ende que sus interacciones tengan el sello de las diferencias particulares que se den. Ahora bien, simultáneamente los individuos, a pesar de sus diferencias, portan la impronta de lo que la familia como totalidad produce.

Uno de los componentes básicos de la familia corresponde al ejercicio de los roles de liderazgo, que convencionalmente se han depositado en los padres de familia; estos son los llamados a generar la conducción de la familia, la generación inicial de las normas y de las creencias, y el desarrollo de las expectativas y valores que todos los miembros de la familia van asimilando, a pesar de las diferencias que vayan apareciendo con el crecimiento y desarrollo, especialmente de los hijos (Gimeno, 1999).

Los padres tienen la posibilidad, en un principio, de dinamizar la vida familiar hasta un momento determinado, esto quiere decir que si son los generadores del conjunto de normas y creencias, son los que van paulatinamente definiendo las orientaciones, las prácticas, las acciones que le corresponden a la familia y le otorgan una identidad a ella (Gimeno, 1999).

En condiciones regulares, mientras la familia se mantenga, la interacción define unos subsistemas básicos: el conyugal, el parentofilial y el fraterno. Cada subsistema experimenta cambios producto de las interacciones que se producen entre sus miembros, y producto también de las dinámicas y movimientos que cada uno de los miembros posea, cosa que puede influir sobre la misma interacción.

A partir de esas interacciones se experimentan cambios, algunos de los cuales adquieren un carácter tan radical, que van rompiendo con la homeostasis familiar. Los cambios que se produzcan en la familia son producto de cambios parciales vividos por sus miembros, por ejemplo, los padres se van volviendo más adultos y los hijos van ingresando en nuevas fases de su vida, lo que de alguna manera provoca un desencuentro generacional.

El paso del niño al adolescente regularmente se ha entendido como un paso crítico y a la vez ritualizado; el presente artículo no se detiene en la crisis de la adolescencia, sino en la tensión que experimenta la relación con la familia. Se asume entonces que luego de su historia y de vivir ese proceso de ruptura familiar, el adolescente se enfrenta ante sí mismo, como alguien que experimenta cambios corporales y un conjunto de competencias y habilidades. Así mismo experimenta la necesidad de mayor autonomía para poder configurar su proyecto identitario. De ahí que las relaciones con el entorno, vayan a implicar la adquisición de nuevos referentes que entran en colisión con los referentes familiares, algo que podría denominarse como un segundo momento de individuación (Aguirre, 1996).

Se puede situar a la familia como espacio complejo en el que convergen distintas fuerzas, tensiones, intereses, pero rescatando ante todo, su aspecto de tejido relacional, en palabras de Palacio:

La familia es un espacio por excelencia de tensiones y contradicciones, tales como: la presión por el control y la exigencia de autonomía e independencia, la obligación de cooperación y solidaridad, la confrontación entre el beneficio colectivo y el interés individual, el deseo y la carencia de la experiencia afectiva, la confusa hibridación entre afecto e impunidad y el desarrollo de prácticas de inclusiones y exclusiones de sus miembros en las oportunidades de desarrollo; por citar sólo algunas, que indican el movimiento de los dispositivos de poder y ponen en juego los privilegios materiales e ideológicos que la sociedad y la cultura le han otorgado, y hacen de ella un espacio social singular, sin réplica alguna. Un ámbito al que se le exige moldear los cuerpos e institucionalizar los dispositivos de control, regulación y restricción por medio de una socialización que debe responder a los imperativos culturales. Imagen de cerco, ahogo, de preservación y protección que proyecta un juego de poderes, una delimitación de prohibiciones y permisos que nutre la fusión y confusión de las prácticas y discursos en torno a la familia (Palacio, 2004: 22).

Los participantes de esta investigación dan cuenta de la dimensión relacional conflictiva de la familia. La mayoría de ellos nombra de distintas maneras un asunto que parece nuclear: la tensión permanente que genera, por un lado el empuje al cambio y autoafirmación de los jóvenes, y la resistencia a ello por parte de los adultos.

De la percepción a la significación de las vivencias familiares

En psicología básica se entiende la percepción como un proceso mental simple, mediante el cual se obtiene información del entorno por medio de los sentidos (Lahey, 1999: 150), desde esta disciplina se ha privilegiado la percepción visual sobre los demás sistemas perceptivos. La psicología social amplía este concepto cercano de la biología, dándole un carácter más relacional; asocia la percepción con el concepto de *significado social*, equivalente al significado que se atribuye al entorno en el que se vive y que posibilita dotar de sentido la realidad familiar, así, “la actividad de percibir es más constructora que descriptora de una realidad concreta [...] percibir es una actividad colectiva más que individual” (Feliu, 2004: 290).

La percepción, entonces, no es concebida como una experiencia individual realizada por el sujeto, es más bien un proceso que depende de varios elementos como la posición que este ocupa en la red de relaciones sociales y de las herramientas lingüísticas y afectivas que esta red ha construido.

Además le asigna un lugar activo al sujeto que percibe.

La percepción es una negociación entre lo que el organismo puede percibir por sus capacidades biológicas y lo que selecciona para ser percibido. El aprendizaje determina qué percepciones son relevantes y provoca que los objetos que habitualmente se seleccionan destaquen por encima de los otros, de manera que parecen más vívidos, más claros, más brillantes o mayores. Pero incluso más allá del hábito, algunos objetos pueden parecer mayores según su importancia, es decir, de su valor y de su significado, dos aspectos que por cierto no se pueden separar fácilmente (Feliu, 2004: 291).

Las percepciones en la vida cotidiana determinan las acciones e interacciones entre los miembros de la familia, estas no son procesos silenciosos y pasivos desarrollados al azar: “La percepción de personas [...] depende de los valores, las actitudes, el aprendizaje y en general de cualquier fenómeno que vincule a la persona y su entorno social” (Feliu, 2004: 296).

En este escrito nos centraremos en dos trayectorias que asume la percepción familiar: aquella que va en dirección de los hijos frente a los padres y la de los padres hacia los hijos. En la voz de los adolescentes y padres, se destacan la forma como asumen la adolescencia —la propia por parte de los jóvenes, y la de sus hijos en el caso de los padres—; la diferencia de época, la reconfiguración del tiempo y el espacio familiar, así como los usos del lenguaje.

Condición de adolescencia

La adolescencia es considerada por diferentes teóricos una etapa en la que se definen elementos trascendentales de la identidad humana, es en este momento vital en el que se consolidan distintos procesos que involucran, entre otros, diversos modos de

vivir el cuerpo, la afectividad, la sexualidad, así como el mundo de las percepciones y las relaciones, que adquieren sus formas particulares y únicas de expresión.

La identidad es un concepto complejo de la psicología, nutrido de varias fuentes teóricas. Cada sujeto construye su identidad durante toda su existencia, sin embargo muchos autores consideran que es en la adolescencia donde se definen con mayor fuerza los rasgos identitarios.

La psicología individual ha entendido la identidad como un conjunto de elementos que permiten sentir unicidad, permanencia y continuidad a lo largo del tiempo; sin embargo, no es posible pensar la identidad individual separada de la identidad social, es necesario reconocer la existencia de procesos que inciden de modos directos e indirectos sobre la construcción particular que de sí mismos hacen los sujetos; construcciones que implican vínculos, identificaciones, tensiones, elecciones, percepciones de los otros y auto percepciones.

La adolescencia se configura en escenarios específicos como el de la familia, la escuela, la cultura. En la actualidad es difícil definir algo así como un rito que marque un cambio o momento específico establecido para identificar el ingreso a la adolescencia; se observa más bien un proceso que evidencia cambios psicológicos, conductuales, relacionales detectados fácilmente por los padres, y sobrellevados por quienes transitan por este momento de la vida.

¿Qué dicen los padres sobre la adolescencia de sus hijos?

Desde el lugar de los padres, estos advierten signos, ven cómo sus hijos cada vez jalonan un proceso de separación que se manifiesta de diferentes maneras. Una de las madres relata cómo reaccionan de manera espontánea, a través del malgenio, cuando hay un ejercicio puntual de la autoridad: “Se ponen malgeniados cuando no los dejan salir” (Entrevista a madre 01, septiembre de 2005).

Otra reconoce el cambio como un proceso en el cual hay acciones de los hijos en los que asumen una posición desafiante: “Empieza a ser un poco más rebelde, a estar más en desacuerdo, a ser más crítica de las cosas, a disentir más de las cosas que hay que hacer” (Entrevista a madre 04, enero de 2007).

Detectan cambios en la manera como se manifiestan, o en la forma de sentar posiciones y a pesar de reconocer lo “normal” de tal situación no se está preparado para ello, lo que en último término afecta el rol parental: “Yo pienso que es normal, es que es grosero, pero grosero en la medida en que ya quiere manifestar sus cosas, que él ya quiere sentar posiciones y que uno como mamá... , eso siempre da como durito” (Entrevista a madre 02, febrero de 2007).

Los padres identifican también otros matices en las emociones que desatan en sus hijos, por ejemplo, cuando hacen un llamado al cumplimiento de obligaciones: “Pero él dice, cada vez que yo le digo algo, ‘que por qué le digo’. Que le diga lo que tiene que hacer, le molesta mucho” (Entrevista a madre 08, enero de 2007).

Otro elemento que aparece en la voz de los padres y da cuenta de cómo estos perciben los cambios en los adolescentes, tiene que ver con el deseo de separación que comienzan a manifestar los jóvenes respecto del mundo familiar. Las prácticas de antaño, en las que toda la familia unida salía a cumplir con los compromisos sociales (visitar a familiares, salir a misa), hoy difícilmente se sostienen, los adolescentes prefieren algo diferente: estar con los amigos, ver televisión, o quedarse solos en casa.

¿Qué expresan los hijos adolescentes?

En el caso de los hijos, comienzan a darse unos cambios significativos en los que sus padres no salen bien librados. Los padres son destituidos del lugar que se les daba en la infancia, ya no son los protectores, tampoco quienes pueden dar respuesta a todas las inquietudes, se convierten en seres con defectos, a los que se les puede cuestionar, confrontar y reclamar. El lugar en que son puestos los padres no es cómodo para ellos y con frecuencia les hacen notar a sus hijos su afectación; en su búsqueda de autonomía el adolescente lo reconoce, pero su actitud es indiferente:

Mi papá siempre me dijo, [...] “pues, usted cuando era chiquita yo era un héroe para usted”, [...] a mi papá siempre lo vi como una figura, él siempre me va a responder todas las preguntas [...], él sabe cómo se arregla aquello, entonces él me dice, “qué triste que yo ya no soy un héroe pa’ usted, sino que soy el problema pa’ usted” (Entrevista con adolescente 13, femenino, mayo de 2007).

Las formas de ver al otro, su lugar, el valor que se daba a su palabra, mucho de ello parece cambiar, se construye y deconstruye permanentemente, no sin conciencia —al menos parcial— de ello, y en este nuevo entramado, surgen tensiones, aparecen valoraciones negativas o muy distintas a las que tenían los adolescentes hacia sus padres, y de estos últimos surgen respuestas angustiosas a las que en muchas ocasiones adicionan nuevos elementos conflictivos cuando la actitud de los adolescentes es percibida como provocadora o no tiene en cuenta a quien en otro momento era respetado y considerado como un referente fundamental:

[...] antes yo lo veía a él y pues, sí el era como mi protector, ahora como pienso diferente, entonces yo ya le veo a él todos los defectos del mundo, o sea, yo primero le veo a él todos los defectos antes de las cosas buenas, entonces ese es un conflicto que yo he tenido mucho con mi papá, [...] ya confrontamos, porque yo ya tengo un punto de vista (Entrevista con adolescente 14, femenino, mayo de 2007).

El discurso adolescente no deja de ser reflexivo. Según su narrativa busca espacios dónde desenvolverse y relacionarse desde lo que, en su nueva condición, encuentra más coherente con su “estilo de vida”; sin embargo, se crea con el padre la permanente confrontación y la alusión a estos espacios como algo problemático. Los

adolescentes narran la forma como empieza a establecerse una separación, un distanciamiento y cómo los padres manifiestan el malestar por esos cambios inevitables.

Pues yo creo que tras de que se crea la personalidad también se crean diferencias con los padres, porque vos buscás no sé, un estilo de vida, un estilo de hablar, una autocultura, vos buscás espacios con los que vos mismo te desenvuelvas y te relacionés, entonces si por ejemplo vos estás con un grupo de reggetoneros, que no, que ya eso es para estar en problemas que se van a quedar hasta altas horas de la noche, que es que ellos van a tirar vicio, que es que ellos van a hacer tal cosa, que van a hacer tal otra (Entrevista con adolescente 11, masculino, mayo de 2007).

No hay acuerdos posibles. Siempre que los hijos intenten buscar espacios diferentes a los familiares, generan rechazo, o algún nivel de tensión por parte de los padres: “Y sea en X o Y grupito en el que te hagás, sea de los reggetoneros, sea de los que escuchan pop o sea de los que sean, van a crear ciertas diferencias ante los padres” (Entrevista a adolescente 12, masculino, mayo de 2007).

El adolescente supone que sus padres lo ven como rebelde cuando este comienza a manifestar sus puntos de vista, lo que en último término es la base de su autonomía, pero al mismo tiempo lo justifican:

Yo creo que de pronto, uno cuando adolescente ya empieza a conseguir o a adquirir cierta autonomía, entonces esa autonomía frente a los papás, lo consideran una rebeldía. “Ve este muchacho como se volvió de rebelde, que yo no sequé”, entonces no es que uno quiera ser rebelde, sino que uno ya quiere tomar sus propias decisiones y uno quiere decir no o sí, pues ya es capaz de decidir qué está bien y qué está mal para uno (Entrevista a adolescente 12, masculino, mayo de 2007).

El cambio de lugar que se da a los padres, autoriza a los adolescentes a sentar posición, manifestar su sentir, reclamar y expresarse, esto es posible debido a que ubican a los padres en otro lugar, ya no son héroes, son seres de carne y hueso con los que se puede estar en igualdad de condiciones.

En algunos casos, lo que tanto padres como hijos denominan rebeldía, se hace porque se quiere ganar un espacio y este, inevitablemente, comienza a conquistarse a través de la oposición, asunto que es nombrado por uno de los adolescentes entrevistados como “una regla fundamental”: “La rebeldía, pues que uno no quiere hacerle caso a los papás, [...] a ir en contra de los padres, de la gente mayor, de lo que a uno le dicen, siempre a uno le dicen una cosa y uno hace lo contrario, esa es como la regla fundamental” (Entrevista a adolescente 11, masculino, mayo de 2007).

Los cambios de época y la época de cambios

El diccionario enciclopédico Larousse, define, en una de sus acepciones, el término época como “Periodo de la historia marcado por un acontecimiento importante o por

un estado de cosas” (2008: 398), ello nos permitirá examinar varios desencuentros en las familias participantes en esta investigación. Mientras que los hijos aluden y reclaman frecuentemente, no con mucha gentileza, a sus padres el haberse *quedado en otra época*, o el *ser de otra época*, los padres con regularidad hacen mención de su época, a partir de ejemplos de sus vidas, para cuestionar a sus hijos. Lo que para unos es motivo de vergüenza, para otros lo es de orgullo.

Con respecto a las percepciones de los jóvenes sobre sus padres es de recalcar que estos se reconocen como parte de una época actual, muy diferente a la de sus padres, saben que estos solo cuentan con los referentes del pasado para asumir su función. Según estos, los padres se quedan sin argumentos lógicos para hacer uso de su autoridad y ejercer la crianza, el único recurso, y el más débil, consiste en recurrir a un pasado lejano que a su hijo no le interesa: “Como que ellos se quedaron en otra época. [...] y ya no, yo no sé, los tiempos cambian y uno es más diferente y muchos padres le dicen ‘es que yo fui así, usted por qué es así’” (Entrevista a adolescente 11, masculino, mayo de 2007).

Hay un choque de épocas que parece irreconciliable: la del pasado y la del presente, cada una de ellas valorada por sus protagonistas como la mejor. Ateniéndonos a lo que se ha dado en llamar enemistad entre generaciones (Lorenz, 1982), brecha, o ruptura generacional, se retoma el planteamiento de Margaret Mead, quien, distingue tres tipos de cultura:

‘Postfigurativas’, en la que los niños aprenden primordialmente de sus mayores; ‘cofigurativa’, en la que tanto los niños como los adultos aprenden de sus pares, y ‘prefigurativa’, en la que los adultos también aprenden de los niños, son el reflejo del periodo en que vivimos. [...] Ahora ingresamos en un periodo, sin precedentes en la historia, en el que los jóvenes asumen una nueva autoridad mediante su captación prefigurativa del futuro, aún desconocida (Mead, 1997: 35).

Podría afirmarse que los padres y madres de este estudio pertenecen a esa cultura postfigurativa que quiere transmitir solo el pasado de los abuelos, mientras que los jóvenes pertenecen a una cultura prefigurativa, lo que permite pensar en un desencuentro generacional. El mundo de los padres es simbólicamente diferente al mundo de los hijos.

Del lado de la generación adulta, se cuenta con un único modelo: el de transmitir, informar, dar, exigir, imponer, todo en función de la búsqueda del bienestar de sus hijos, no quieren que estos cometan los errores que ellos cometieron en el pasado. Suponen los padres y madres que basta con transmitir una información, con hacer un llamado para obtener el inmediato cumplimiento o su aplicación por parte de los hijos, sin embargo no es así como lo ven ellos, pareciera que estos reclaman a gritos el derecho a equivocarse y a asumir los retos del momento que viven.

Desde el punto de vista de los padres se puede observar que su pasado ejerce gran influencia y se convierte en un referente significativo al momento de la crianza,

pues suponen que las experiencias vividas por ellos en su juventud, las influencias que tuvieron en su momento, las equivocaciones que padecieron y los errores cometidos son los mismos que van a tener sus hijos, sin dar por sentado que son experiencias objetivas y subjetivas distintas. Los hechos vividos por los padres no tienen que ser los mismos que vivirán sus hijos y la forma como los hijos afronten sus vivencias no será la misma de aquellos: “y en ciertas ocasiones digamos que los padres sufrieron ciertas experiencias y entonces ‘no vea que es que a mí me pasó esto y que a uno también le puede pasar’” (Entrevista a adolescente 11, masculino, mayo de 2007).

Los hijos reconocen la diferencia existente entre las épocas, pero también saben que sus padres cambiaron ellos mismos entre el momento de su adolescencia y el de su madurez y reclaman: “En estos días estaba hablando con una amiga de mi mamá, ‘dizque su mamá por qué la encierra tanto, sabiendo ella como era de loca’” (Entrevista a adolescente 4, femenino, enero de 2007).

Si los padres se refieren desde el pasado, como ese único recurso para socializar, los hijos manifiestan no interesarse por este, pues fueron otros momentos, otras sensibilidades y no quieren repetirlo. Esto hiere profundamente el narcisismo de los padres, pues ellos fueron formados desde allí, con toda esa carga del referente paterno y de toda la tradición, lo mínimo que esperan es un tributo, no un cuestionamiento.

Las generaciones difieren en cuanto a la memoria, la historia que las atraviesa y las formas de percibir que las caracteriza, en palabras de Margulis y Urresti: “En este sentido hemos afirmado que pertenecer a otra generación supone, de algún modo, poseer códigos culturales diferentes, que orientan las percepciones, los gustos, los valores y los modos de apreciar y desembocan en mundos simbólicos heterogéneos con distintas estructuraciones de sentido” (Margulis y Urresti, 1998: 7).

Los adolescentes no escatiman recursos para construir su autonomía y no faltan las manifestaciones despectivas de desconocimiento hacia el pasado, es como si la arrogancia se apoderara de ellos: “Aunque dicen que la historia se repite, pero si uno ya sabe la historia para qué la va a repetir” (Entrevista a adolescente 4, femenino, enero de 2007).

Esta expresión de una joven de dieciséis años resulta significativa porque en ella están implícitas las dos épocas: *dicen que la historia se repite*, es una expresión tomada del pasado, de los padres, de los adultos, una expresión que de alguna manera llama a tener cuidado, a ser precavido, porque a alguien le ha pasado, es una expresión construida a través de la experiencia social, denominadas por Berger y Luckman (1967) conocimiento rudimentario, que busca legitimar una tradición; mientras que *si uno ya sabe la historia para qué la va a repetir*, muestra la fuerza de lo juvenil, la arrogancia, la seguridad para afrontar el futuro de otra forma. Esto permite ilustrar la manera como en la familia, se manifiestan esas polaridades a través del lenguaje. Del lado de los adultos toda la carga del pasado y del lado joven, el empuje hacia el presente y el porvenir.

Los padres y los jóvenes que brindaron la información para este trabajo, comparten espacios comunes, habitan la misma casa, usan los mismos utensilios, transitan por los mismos lugares, sin embargo, la forma como los significan son distintas, porque hay desencuentros simbólicos; la diferencia cronológica entre un padre o madre y sus hijos, no es muy grande, una de las informantes al momento de hablar de su vida contaba con veintinueve años y su hija con catorce, sin embargo, hay una distancia simbólica enorme que separa ambos mundos coexistentes, como lo manifiestan dos teóricos latinoamericanos,

Estos desencuentros permiten postular, tal vez, una multiculturalidad temporal, basada en que los jóvenes son nativos del presente, y que cada una de las generaciones coexistentes (divididas a su vez por otras variables sociales) es resultante de la época en que se han socializado. Cada generación es portadora de una sensibilidad distinta, de una nueva episteme, de diferentes recuerdos; es expresión de otra experiencia histórica (Margulis y Urresti, 1998: 4).

Este análisis nos permite suponer que del lado de los padres existe una rigidez en la forma como perciben el mundo. Para ellos resulta difícil asumir los cambios que reclaman sus hijos, mientras que del lado de estos, hay una gran plasticidad, podría decirse que son cambiantes por naturaleza, a pesar de ello, se observa una posición egocéntrica, en la que su capacidad de apertura no se corresponde con una mínima comprensión de la posición de los padres, lo que intensifica una puja de intereses, un encuentro que parece irreconciliable.

El tiempo y el espacio reconfigurados

La valoración del tiempo por parte de un adolescente no tiene la misma significación que la de un adulto. El primero se ubica en lo que algunos autores denominan la cultura del presentismo: “El presentismo como actitud vital ante el mundo, supone una apuesta prioritaria por la vivencia inmediata, relegando así, tanto el sentido derivado de la repetición del pasado, como el cálculo y persecución de metas en el futuro” (Muñoz, 2008: 72).

La forma de vivir el tiempo y los espacios, configura otro elemento que se adiciona a las tensiones ya existentes, en la medida en que también tiempo y espacio se reconfiguran, adquieren otras dinámicas que distan en sus significados para padres e hijos. Los padres no reconocen los cambios en las sensibilidades juveniles. Los horarios cambiaron. Si para los padres, el día terminaba a las 9:00 p. m., para los adolescentes solo una hora después empieza la mejor parte. El ajuste a los cambios “les da duro”.

Los conflictos con mi mamá son porque mi mamá se remonta siempre mucho a su época, o sea, para ella es difícil asimilar que las cosas han cambiado, entonces ahí siempre hay

un conflicto, porque ella dice que como ella salía a las cinco de la tarde y llegaba a las nueve de la noche, entonces yo estoy llegando muy tarde, porque a veces yo le digo no ma', llego por ahí a las dos, 'cómo así que a las dos, si yo llegaba a las nueve', entonces ese choque de tiempo será, a ellas les da muy duro (Entrevista con adolescente 14, femenino, mayo de 2007).

Este tiempo se va ganando con reclamos, confrontaciones y estrategias utilizadas por los hijos. En una de las entrevistas un adolescente narra cómo comenzó ganando espacios en su familia: "Llegó un momento en que yo no pedía permiso para salir, ni a la hora que iba a llegar, porque siempre me lo negaban, un amigo me recomendó que no pidiera permiso, sino que dijera simplemente que iba a salir y que llegaba a tal hora, así lo hice y funcionó" (Entrevista a adolescente 11, masculino, mayo de 2007).

Para la madre, interesada en el futuro del hijo, es imperioso que gane cierta autonomía, que salga de la inercia sustentada en la seguridad que ella le brinda y comience a forjar su propio camino. Es un empuje a la búsqueda de la autonomía el que está implícito en esta madre que percibe la lentitud de su hijo.

Para mí es muy rico verlo cinco horas viéndose un documental, otras cuatro horas, en tekondo, si la vida no tuviera qué continuar, es decir, si él no tuviese que entrar a una universidad, si yo le fuera a durar toda la vida, como era cantaleta de nosotras las mamás. Si fuera así, pues qué importa, pues está siendo un niño bueno, pero como uno sabe que hay un momento en que las cosas tienen que cambiar. Ese es el conflicto (Entrevista a madre 09, enero de 2007).

Desde el punto de vista de las madres y padres encontramos una preocupación por la forma de vivir el tiempo que tienen sus hijos, sustentada en las expectativas frente a su futuro: "Mi ilusión como madre sería que tuviesen un futuro, por ejemplo, en ningún momento se me ha pasado por la cabeza quitarles las ilusiones a ellos de lo que ellos quieren ser solo quiero que sean alguien en la vida" (Entrevista a madre 08, enero de 2007).

Sin embargo, ven a sus hijos desinteresados frente al mismo; mientras los padres afincan sus esperanzas en el estudio como fuente de recursos para el mañana, evidencian en los hijos un desinterés por el asunto.

"Yo presiono, ¡hijo, si no estudiás, cómo vas a lograr pasar a la universidad!, si no cumplís con estos pasos, ¿cómo vas a llegar más arriba?, entonces al yo presionar implica conflicto, porque para él es cantaleta, [...], pues él nunca acepta que yo tenga la razón, sino que todo lo discute" (Entrevista a madre 09, enero de 2007).

Lo anterior lleva a los padres, a una búsqueda de opciones, al intento de mostrar oportunidades a sus hijos de un modo insistente que puede generar un desgaste, que se fundamenta en una anticipación que produce angustia al vislumbrar un posible fracaso en relación con sus expectativas.

“Es como si ellos no entendieran”, es un razonamiento frecuente en las madres, que genera otro más complejo, ligado a los ideales: “Si tú no entiendes la importancia de las cosas, yo te las hago entender”, en último término puede entenderse la preocupación por el futuro de los hijos como una dificultad por el no cumplimiento de lo que se espera de ellos.

Pienso que eso es una de las cosas donde yo me desgasto mucho y que a veces se vuelve como obligatorio, o sea, yo la impongo un poco, bueno, no, es que además del colegio y además de la universidad hay que estudiar un idioma, porque además como era una obligación aprender a nadar y era una obligación aprender otras cosas, es obligatorio un idioma porque es fundamental, es como si ellas no tuvieran todavía la capacidad de entender por qué es importante (Entrevista a madre 04, enero de 2007).

Los padres pretenden de los hijos una elaboración subjetiva instantánea: que tomen conciencia rápidamente de todo lo que se necesita para salir adelante; aquí hay dos lógicas distintas que guían: los padres en función del futuro de sus hijos y éstos inmersos y despreocupados, en el presente.

Así como el tiempo es significado de modo distinto por los adolescentes y los padres, algo similar sucede con el uso de los espacios familiares. Según las narraciones, es motivo de conflicto el uso de áreas de la casa donde se atienden a los amigos y a los novios. Desde los referentes de los adultos, la casa tiene unos lugares de uso común, un nivel público, aquel donde se atienden las visitas de los amigos, las del novio, la sala. Sin embargo, los jóvenes prefieren y reclaman para quedar exentos de la mirada de sus padres, la alcoba o la habitación, sitios que antes eran significados como privados.

En el caso con mi novio, lo que pasa es que por ejemplo mi mamá, me cuenta que ella recibía a su novio, a mi papá pues, en la casa, entonces toda la familia, se reunía en la sala [...], entonces ahí siempre hay un conflicto con mi mamá, porque yo no quiero estar solamente en la sala, pues, yo quiero ir para otro lado de la casa, que entonces estamos en mi cuarto viendo televisión, después nos vamos para otro lado, a ella le da muy duro el hecho de que [...] “ustedes están en el cuarto”, no, entonces ahí hay un problema. Que hasta qué horas se va a quedar, entonces ella es muy preocupada porque yo estoy en el cuarto con él (Entrevista a adolescente 13, femenino, mayo de 2007).

Este aspecto es bien interesante, porque si bien hablamos de “la época actual”, como aquella que tiene un ritmo distinto, más rápido, de simultaneidad, igualmente, los espacios de hoy son diferentes al igual que su uso. Los jóvenes hablan de ello al comparar su modo de usar los espacios de la casa con el de sus padres. La reducción de las medidas de las casas y apartamentos, los cambios en los roles de los padres, el ingreso de los aparatos tecnológicos a la casa y luego a las habitaciones, marcan tanto una configuración distinta del espacio como del tiempo. Esta situación genera, en muchas ocasiones tensión y conflictos en la familia, haciendo necesario espacios de negociación entre visiones de épocas distintas: los padres y los hijos.

Lo que los adolescentes entran a trastocar es toda una geografía doméstica, establecida e intocada por siglos, difícil de asumir por los padres porque supone revelar intimidades del mundo familiar. En palabras de Christlieb Fernández, podríamos entenderlo como un paso de la zona comunicable a la no comunicable del espacio familiar:

La zona incomunicable del espacio domiciliario, la cual, en general está constituida por todo lo que se ubica arriba y/o atrás en la geografía doméstica, tales como las recámaras, closets, armarios, baños, desvanes, etc., es decir, todos aquellos lugares tendientes al desorden y a ocultarse a las visitas, y donde se llevan a cabo actividades con textura y temperatura orgánicas, como reír, dormir o bañarse; de hecho es una zona ocupada por telas y demás materiales tan tibios como el agua de la regadera o los álbumes familiares. Pero lo que hay arriba y atrás no se expone abajo y adelante, que es la zona comunicable de la casa, conformada por el comedor, la sala y el recibidor, que es donde ya entran los invitados, y que tiende a mantener un orden más mineral y frío, programado e intocable, con objetos nuevos, brillantes y ostensibles; en su zona comunicable, todas las casas pretenden parecer normales, agradables, avenientes, sin mayores conflictos ni fracasos: lo que suceda en su zona incomunicable es asunto estrictamente privado (Fernández, 1994: 413-414).

Esto nos permite suponer momentos y episodios que crean tensión en las familias suscitados por el inevitable desencuentro entre vivencias, apropiaciones de espacios y significaciones de épocas distintas. Lo que desde otra perspectiva podría convertirse en una posibilidad para construir espacios de intercambio, enriquecimiento y de socialización, las familias lo viven con malestar.

Los usos del lenguaje: “No entendemos lo que hablamos”

El uso del lenguaje es otro elemento significativo a tener en cuenta con respecto a las percepciones de los padres y los hijos. Los jóvenes comienzan a crear y a utilizar términos que son extraños para sus padres, muchos de ellos les permiten formas de comunicación directa con sus amigos, mientras que otros las crean para dar cuenta de nuevas formas de relación. Las experiencias que tuvieron los padres en su juventud, son diferentes de las de los adolescentes de hoy, así mismo, el lenguaje: las palabras utilizadas, gestos, silencios. Al respecto Bellido (1983), citado por Alzate et ál., explica:

El significado de las palabras es distinto según las personas y según las mentalidades. Esto se agudiza cuando se trata de generaciones distintas. Podríamos decir que cada generación tiene su mentalidad. En la actualidad los sistemas de comunicación entre dos generaciones pueden crear dificultades notables. Y esto ocurre porque las estructuras de pensamiento son distintas de una generación a otra; de aquí que utilizando incluso las mismas palabras, no se entienden padres e hijos (Alzate et ál., 1995: 227).

La forma de hablar y tratarse entre amigos perturba a los padres. Si bien, en la casa se matizan sus palabras, cuando está con sus pares el matiz se pierde y las palabras contenidas salen a flote:

Ellos piensan a veces “cómo es que piensan ellos”, “cómo es que se expresan”, ellos como que tienen una barrera y no dan un paso más de ahí, porque, por ejemplo, cuando de pronto uno a veces está hablando con los amigos y uno, ah, entonces qué “parcero”, y que entonces “este sí que es marica”, entonces uno empieza a decir cosas así y ellos como que no les gusta (Entrevista a adolescente 11, masculino, mayo de 2007).

No solo los términos para tratarse entre pares cambian, sino que las palabras que denominan otras formas de relación no son entendidas por los adultos y generan distancias. Un joven manifiesta el reclamo que hacen sus padres cuando este expresa por primera vez, delante de ellos un neologismo: “¿Una amigovía? ¿Cómo así, qué es eso?”, en mi época las cosas eran bien” (Entrevista a adolescente 12, masculino, mayo de 2007).

Los padres, que fueron socializados mediante el lenguaje oficial, no comprenden otras formas de relación entre sus hijos, otros modos de tratarse, lo que algunos estudiosos han denominado parlache y que se convirtió en un dialecto que usan varios grupos sociales de la ciudad de Medellín (Henao y Castañeda, 2001). Si bien se han realizado estudios sobre el uso del lenguaje en los jóvenes, muchos, como en el caso de Bonilla (citado por Henao y Castañeda, 2001), abordándolo desde la sociología lo interpretan como resistencia hacia lo social; consideramos que la interpretación puede extenderse al ámbito familiar y suponer que los jóvenes utilizan estos nuevos lenguajes como elemento diferenciador del mundo de los adultos:

En el ámbito de las prácticas culturales, la juventud excluida de los barrios populares construye nuevos códigos. Nuevas palabras inundan el universo simbólico, nuevos lenguajes comunicativos se ubican en el plano de la resistencia y se proyectan más allá de los barrios, invaden centros académicos y provocan náuseas en los oídos y cerebros formalizados de la otoñal tradición occidental (Henao y Castañeda, 2001: 2).

Después de presentar un breve panorama sobre las percepciones en la familia, podemos decir que el mundo familiar se construye y configura a partir de las percepciones y significaciones surgidas en los diferentes subsistemas y si nos atenemos a lo planteado por Bruner (Citado por Ibáñez, 2004), hay unas negociaciones explícitas en muchos casos y silenciosas en otros, que nos arriesgamos a llamar *juego de posiciones*, en el que se dan diferentes movimientos de los miembros de la familia de acuerdo con las percepciones que allí se construyen y con los cambios producidos por cualquier modificación que ellas pudieran sufrir.

Apuntes para una discusión

Sobre las funciones de la familia

La familia cumple con ciertas funciones como proporcionar a los hijos cuidados físicos, educarlos, orientar el desarrollo de su personalidad; de una manera más

general, insertar a los hijos en la cultura. Por lo tanto es la responsable de garantizar el proceso de ajuste y socialización de los hijos.

La socialización familiar entendida como el proceso por medio del cual el niño se convierte en persona autoconsciente y capaz de conocer, diestra en todas las normas de la cultura en la que ha nacido, no es un tipo de “programación cultural” en la que el niño absorbe pasivamente todas las influencias con las que entra en contacto. Las necesidades o exigencias del recién nacido también afectan el comportamiento de los responsables de su cuidado.

“La socialización pone en contacto a las diferentes generaciones. El nacimiento de un niño altera las vidas de aquellos que son responsables de su crianza —quienes a su vez, atraviesan por nuevas experiencias de aprendizaje—. La paternidad liga normalmente las actividades de los adultos a las de los niños para el resto de las vidas de ambos” (Giddens, 1994: 93).

Se reconocen dos estadios en la socialización: la primaria y la secundaria. La primera, ocurre en la infancia, es la más importante y permite al niño interiorizar un mundo, el que le presentan sus padres (o adultos encargados de este proceso). Su principal característica consiste en la presencia del vínculo afectivo entre el niño y aquellos que son significativos para él. Sobre la base de esta se establecen las posteriores socializaciones, incluyendo la secundaria y de la que se ha afirmado que “es la internalización de “submundos” institucionales o basados sobre instituciones” (Berger y Luckmann, 1967: 172).

Así haya cambiado la familia con el paso del tiempo, el grupo parental cumple funciones relacionadas con la afectividad, el sostenimiento material y la socialización de los hijos (Gimeno, 1999). De acuerdo con las expectativas sociales, si este es un mandato cultural sobre la familia, y esta busca cumplirlo, algo sucede cuando los hijos crecen y ganan en autonomía.

En las narraciones de los participantes se dejaron ver resistencias y cambios en la vida de la familia durante este proceso. Son los adultos quienes más padecen por esta situación, lo que redundaría críticamente en el grupo familiar.

Este proceso consta de varios momentos y depende de muchas circunstancias. Puede manifestarse bajo la forma del cuestionamiento, por parte de los adolescentes, al lugar que ocupaban los padres hasta el momento. Igualmente, puede expresarse mediante distanciamiento que endurece las posiciones antagónicas y obstaculiza cualquier opción de negociación.

También puede manifestarse a través de las alarmas que se encienden del lado parental en tanto el proceso de separación de sus hijos se hace cada vez más evidente (salidas a la calle, visitas constantes a los amigos, conductas de rechazo y cuestionamiento hacia ellos).

Igualmente puede asumir la forma de un cambio de percepciones, ya que tanto los padres como hijos no se ven de la misma manera que antes, ahora los padres pueden ser percibidos como anticuados, anacrónicos y autoritarios para sus hijos

y los hijos, en su intento por defender su espacio y construir sus propios criterios para orientar sus decisiones, pueden verse como problemáticos y descorteses para los padres.

La vida cotidiana familiar también asume otro carácter, en tanto hay bloqueos en la comunicación, malentendidos y distorsión de los mensajes que circulan en interior. Los hijos van ganando espacios en la medida en que cuestionan el orden establecido y los padres no encuentran argumentos para hacer valer su autoridad. Si bien, en otros momentos la fuerza, o las prohibiciones, eran recursos utilizados, ahora estos no son aceptados por el adolescente; la fuerza asume otra forma, y el No, no opera, esto es más visible en aquellos padres que se ubican en dos tipos de patrones de conducta, señalados por Mussen (citado por Aguirre, 1996): patrón autocrático (que indican al hijo lo que tiene que hacer) y el autoritario (donde no se admite ninguna discusión después de haber tomado una decisión).

A partir de este estudio se comprende de qué forma la posición del adolescente se establece en procura de la emancipación y la de los padres en aras de la conservación de la unidad familiar (como si esta dependiera del sometimiento de todos los miembros a unas reglas comunes y perennes). En esto coincide con Jiménez (2003), cuando afirma que la tensión en las relaciones parentofiliales se dan entre lo que permanece y lo que cambia.

Sin embargo, queda un interrogante que valdría la pena profundizar en futuros estudios, ya que no todos los tropiezos que se presentan entre los padres e hijos responden a un deseo de emancipación del adolescente y a uno de control por parte de los padres; muchas veces, lo que se actualiza en estos escenarios son odios, malestares irresueltos, dificultades en el adolescente por renunciar a su lugar como niño en la familia, entre otros. Ese proceso de emancipación con respecto a la familia, se puede expresar a por medio de dificultades en las pautas relacionales, que muestran la dinámica y los diferentes lugares y reacomodaciones de los miembros de la familia.

El adolescente en la búsqueda por construir su lugar en el mundo y en relación con los otros, necesita tomar distancia con respecto a sus padres, romper o jugar con la relación de apego, abriéndose espacio en lo público mediante otras vías de acoplamiento a la sociedad, como el grupo de pares, quien desempeña algún rol similar en algunos aspectos a los adultos significativos como dador de apoyo y comprensión.

En este proceso dialéctico los acuerdos que se van construyendo a través de la negociación no borran las diferencias, ni eliminan la tensión, pero sí hacen necesario que tanto los padres como los adolescentes cedan en algo y se reconozcan en sus diferencias y expectativas.

Pensar la posibilidad de una familia en la que se den formas de interacción más sanas que lleven al crecimiento de todos sus miembros, es posible, si desde el mundo de los adultos hay apertura y acercamiento al mundo juvenil, sin presiones, sin resentimientos, solo con la intención de ayudarles a construir un mundo en el que tengan posibilidades de vivir dignamente, recalcando que:

La familia es señalada como escenario de socialización, interacción y comunicación tempranas, en un proceso de aprendizaje de usos, hábitos, costumbres, rituales e imaginarios que le dan contenido a las formas de relación consigno mismo, con las demás personas y con el medio que lo rodea. En palabras de Agnes Heller, el sujeto llega a un mundo ya hecho y lo aprende, lo experimenta pero también lo transforma y en este proceso, la familia inicia, orienta y provee las condiciones de formación de la subjetividad y su integración con el mundo social (Palacio, 2004: 25).

Las realidades intersubjetivas

En nuestro contexto los roles y lugares que tradicionalmente se asignan en la familia, responden a una cultura patriarcal que genera esquemas de relación autoritarios, en los cuales se presentan pugnas por el ejercicio del poder y la libertad. Cuando el joven avanza en su proceso de crecimiento, ni él, ni sus padres están dispuestos a renunciar a lo que han ganado o a lo que quieren conservar; se ha aludido en este trabajo al juego de posiciones, como metáfora de los cambios en la familia, en tanto los adolescentes tratan de lograr algo por medio de una insinuación, una mirada, un reclamo, un gesto, un intento o de una acción concreta, haciendo que sus padres se muevan del lugar en que están. De acuerdo con las respuestas obtenidas avanzan o retroceden, pero algo debe quedar claro: no se quedan quietos, ni se conforman.

Se podría decir que del lado joven, se juega con ventaja, pues cualquier logro por insignificante que parezca puede convertirse en ganancia a mediano plazo, en la medida en que este se encuentra en un intento permanente por satisfacer sus intereses.

Los padres, por el contrario, en este proceso, sienten malestar porque deben renunciar a su poder absoluto sobre los hijos y dar espacios que permitan a estos crecer. Algunos logran ser conscientes de su responsabilidad social y a pesar de que quieren que sus hijos sean autónomos, muchas de las acciones que emprenden van en contravía de ello, por el temor a no reconocer cuál es el momento en que ya están listos para soltarlos, como si la autonomía fuese una adquisición natural y no un proceso.

En este devenir, cualquier cambio “moviliza profundamente a los padres”, bien sea cediendo o coartando las demandas de los hijos. Si responden positivamente ante una solicitud, saben que más adelante tendrán que ceder más, y si responden negativamente, saben que los hijos no descansarán hasta lograr lo que buscan. Esto se traduce en una compleja situación que recarga de afectos, emociones y angustias la vida familiar:

En el espacio familiar se evidencia un tipo de comunicación que no toca a fondo las problemáticas de interés del joven, que hemos asociado con dos factores: la concepción de la adolescencia, como etapa peligrosa y la diferencia de vivencias y mentalidades entre adultos y jóvenes. El primer factor genera una actitud inquisitiva de los mayores, que, a su vez, lleva a una falta de confianza del joven hacia sus padres; el segundo factor genera lo que algunos autores (Mead) denominan “brecha generacional (Alzate, et ál, 1995: 240).

En las familias hay entonces inevitables desencuentros y episodios que tensionan y que son suscitados por las diferencias en la forma de significar entre los distintos miembros que la constituyen, en muchas ocasiones debido a la diferencia de épocas a la que se hizo mención en otro momento. Se puede resaltar algo mencionado y es la posibilidad de convertir estos espacios de intercambio familiar en posibilitadores de encuentro y no por el contrario en facilitadores de malestar.

En ocasiones la única vía que se encuentra para asumir las tensiones y conflictos que suscita este momento vital es mediante una barrera protectora que aísla al joven de sus padres, con los costos emocionales que esto acarrea. Esto responde a la dificultad de la familia para cumplir el mandato cultural de la unidad familiar mediante de la convivencia física ya que dicha convivencia puede marcar antagonismos y contradicciones suscitados muchas veces por la distancia emocional y afectiva de los integrantes de la familia (Palacio, 2004).

La unidad familiar no es algo que se da per se, pero sí se convierte en una presión adicional en el manejo de las tensiones, tal como lo muestra Palacio (2004), cuando ubica a la familia como un ámbito al que se le exige moldear los cuerpos e institucionalizar los dispositivos de control, regulación y restricción por medio de una socialización que debe responder a los imperativos sociales y culturales. Imagen de cerco, de ahogo, de preservación y protección que proyecta un juego de poderes, una delimitación de prohibiciones y permisos que nutre la fusión y confusión de las prácticas y discursos en torno a la familia.

Así, la constitución de una familia, si bien responde a una serie de iniciativas individuales, una vez configurada, actúa como una *gestalt*. Su unidad debe entenderse no como uniformidad y sí como totalidad, pues las personas que la conforman no funcionan como elementos aislados sino integrados; cualquier cambio en un elemento provoca cambios en los otros y en el sistema mismo (Gimeno, 1999).

Bibliografía

- Aguirre, Ángel (1996). *Psicología de la adolescencia*. Alfaomega S. A., México.
- Alzate, Gloria et ál. (1995). "El joven: Un actor del mundo social". En: Cajiao, Francisco (coord.). *Proyecto Atlántida. Adolescencia y escuela*. Tercer Mundo Editores, Bogotá, pp. 121-250.
- Berger, Peter y Luckmann, Tomas (1967). *La construcción social de la realidad*. Amorrortu, Buenos Aires.
- Cajiao, Francisco (1995). "La adolescencia en el universo de las edades de la vida". En: Cajiao, Francisco (coord.). *Proyecto Atlántida. Adolescencia y escuela*. Tercer Mundo Editores, Bogotá, pp. 375-412.
- Feliu, Joel (2004). "Influencia, conformidad y obediencia. Las paradojas del individuo social". En: Tomás Ibáñez (coord) *Introducción a la psicología social*. UOC, Barcelona, pp. 257-376.
- Fernández, Christlieb (1994). Pablo. *La psicología colectiva un fin de siglo más tarde*. Anthropos, Barcelona.
- Giddens, Anthony (1994). *Sociología*, Alianza Editorial. Madrid.
- Gimeno, Adelina (1999). *La familia: el desafío de la diversidad*. Ariel S. A., Barcelona.

- Henao, José Ignacio, y Castañeda, Luz Stella (2001). *El parlache*. Universidad de Antioquia, Medellín.
- Ibáñez Gracia, Tomás et ál. (2004). *Introducción a la psicología social*. UOC, Barcelona.
- Jiménez, Blanca Inés (2003). *Conflicto y poder en familias adolescentes*. Universidad de Antioquia, Medellín.
- Lahey, Benjamín (1999). *Introducción a la psicología*. McGraw-Hill, Madrid.
- Larousse, (2008). *Diccionario enciclopédico 2008*. Larousse, México.
- Lorenz, Konrad (1982). “La enemistad entre generaciones y sus probables causas etológicas” En: Piers, María. *Juego y desarrollo*. Crítica, Barcelona.
- Margulis, Mario y Urresti, Marcelo (1998). “La construcción social de la condición de juventud”. En: Laverde Toscano, María Cristina (coord.) *“Viviendo a toda”*. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades. Siglo del Hombre Editores, Bogotá, pp. 3-21.
- Mead, Margaret ([1970] 1997). *Cultura y compromiso. Estudio sobre la ruptura generacional*. Gedisa, Barcelona.
- Muñoz, Antonio (2008). “El tiempo subjetivo de los jóvenes: hacia un régimen de la inmediatez”. En: Mingote, Carlos y Requena, Miguel (coords.) *El malestar de los jóvenes. Contextos, raíces y experiencias*. Ediciones Díaz de Santos, Madrid, pp. 67-98.
- Palacio V., María Cristina (2004). *Familia y violencia familiar. De la invisibilización al compromiso político*. Universidad de Caldas, Manizales.